

Un territorio lingüístico en expansión geográfica: la jerga *gay* española

Juan José ORTEGA ROMÁN

Departamento de Filología Románica, Eslava y Lingüística General de la UCM
jjortega@filol.ucm.es

Recibido: 7 marzo 2007
Aceptado: 10 mayo 2007

RESUMEN

Lo que con estas líneas pretendemos –enmarcando nuestro estudio en las premisas de las Geografías Humanística y Postmoderna, y con una tendencia experimental y deductiva– es analizar un territorio urbano madrileño (Chueca) desde el punto de vista del lenguaje para así comprender la extensión que la particular jerga *gay* está teniendo en nuestra sociedad. La particular transformación de este espacio metropolitano ha permitido dar a conocer un conglomerado de palabras en principio reservadas a su propia comunidad.

Palabras clave: Geografía Humanista, Espacio y lenguaje, Madrid, Chueca, lenguaje *gay*.

A linguistic territory in geographic expansion: the Spanish slang *gay*

ABSTRACT

Our purpose, based on Humanistic and Postmodern Geographies, is to analyze an urban district of Madrid (Chueca) from a linguistic –experimental and deductive– point of view in order to understand the extension of *gay* slang in our society. The particular transformation of that metropolitan urban allows us to know an amount of words which were reserved to the own community.

Keywords: Humanistic Geography, Space and language, Madrid, Chueca, *gay* slang.

Un territoire linguistique en expansion géographique: le jargon *gay* espagnol

RÉSUMÉ

D'accord avec les prémisses des Géographies Humaniste et Postmoderne, on essaie dans cet article d'étudier le quartier madrilien de Chueca du point de vue linguistique –expérimental et déductif– pour mieux comprendre l'extension du *slang gay* dans notre société. La particulière transformation de cet espace métropolitain a permis de connaître un groupe de mots qui, en principe, étaient réservées à sa propre communauté.

Mots clés: Géographie Humanistique, espace et langage, Madrid, Chueca, *slang gay*.

De acuerdo con los presupuestos de la denominada *geografía humanística* (García Ballesteros, 1981) y continuando la línea investigadora de Estébanez Álvarez (2000, 193), según la cual la geografía es “... una ciencia abierta a otras ciencias sociales...” que ya están consolidadas o en estado embrionario, creemos que sería altamente positivo abordar el análisis de un espacio urbano madrileño (Chueca) desde el punto de vista sociolingüístico y, más concretamente, léxico. Siguiendo a este mismo autor (2000, 195), no podemos dejar fuera de un estudio geográfico aspectos como los sentimientos, los pensamientos o las intuiciones. Ley y Samuels (1978, 5) abogaban, por su parte, por “... incluir cuestiones referentes a la estética, literatura [y] lingüística...”. Trabajos ya clásicos como los de Tuan (1976) postulaban, igualmente, la necesidad de que el geógrafo tuviera la suficiente formación como para saber captar e interpretar los matices del lenguaje y para, en consecuencia, poder aclarar los símbolos y los conceptos que ellos conllevan. Mientras Santos Solla (2006, 513) nos habla de la necesidad de estudios de esta índole, como los que fueron surgiendo en las Geografías postmodernas en la década de los 90, Buero (2000, 449) nos recuerda la obligación que tiene el geógrafo de considerar los procesos sociales en el estudio de “... las reorganizaciones experimentadas en las últimas décadas en la formulación espacial...”.

El espacio no existe sin la palabra o, cuando menos, resulta aséptico. La mera pronunciación del nombre de un espacio está cargada de connotaciones subjetivas que no podemos –ni debemos– ignorar. De ahí que investigaciones dedicadas al barrio de Chueca, como las de García Escalona (2000), tomen como punto de partida para titular su artículo un referente espacial que sólo puede ser comprendido si entendemos la correcta acepción de la palabra ‘armario’. Siguiendo las afirmaciones de Estébanez Álvarez (2000, 198) según el cual “... en términos sociales el espacio se convierte en lugar...” al tiempo que “... la idea abstracta de espacialidad adquiere dimensiones significativas...”, consideraremos el espacio de Chueca no ya como un lugar, sino más bien como un *lugar lexemático* marcado por una serie de semas sociológicos y geográficos –denotativos y connotativos– que lo definen. Estos podrían ser: barrio de Madrid, *economía rosa*, recuperación urbana, vocabulario propio... Y todo esto ha de ser interpretado. Algo similar al estudio de la ciudad de Los Ángeles realizado por Edward Soja, de quien Buero (2005, 463) comenta que “... es figurativo y descriptivo, considera a la ciudad como un texto que hay que leer y construye su propio texto con la morfología urbana como guión...”. En sintonía con la línea investigadora de las propuestas culturalistas críticas de Mitchell (2000), analizaremos lo que se ha dado en llamar la Geografía del sexo, que no puede prescindir de las disciplinas del lenguaje o la sociología, pongamos por caso. Trabajos más específicos (Leroy, 2005) dedicados a otras ciudades (París) ponen en evidencia la utilidad y el pragmatismo de este tipo de orientaciones.

Lo que el barrio que nos ocupa representa, no sólo para los homosexuales residentes en Madrid, sino para una gran cantidad de españoles –e incluso extranjeros– que lo asocian a un enclave de libertad y de cúmulo de experiencias placenteras, es –siguiendo la terminología de Tuan (1974)– una *topofilia*, cuando no una *topolatría*, porque muchos son los que ven en él, en palabras de Estébanez Álvarez (2000, 203), “... un sentimiento reverencial y mítico.” No olvidemos que en numerosos pueblos de España, por ejemplo, se aspira a vivir en las condiciones de tolerancia y libertad que están presentes en Chueca, que llega a hacerse extensible al resto de Madrid. Se produce así una curiosa *sinécdoque geográfica* en la que una parte (Chueca) representa a un todo (Madrid). Porque si bien, en palabras de Santos Solla (2006, 511), “... una parte significativa de la

juventud de los países del norte asume sin ningún complejo sus preferencias homosexuales y se integra en la comunidad al igual que el resto de los individuos...”, no todo el mundo tiene la suerte de vivir en un país del norte de Europa, ni tan siquiera en una metrópoli de mentalidad más o menos abierta. Enlazamos, de este modo, con conceptos como *Lebenswelt* o *lifeworld*, propuestos, respectivamente, por Husserl y Buttimer (1976), en los cuales, al igual que posteriormente postulará Jackson (1981, 282), la experiencia personal será determinante. Pero incluso antes de que ese conocimiento del medio se haga realidad los individuos ya están ligados al lugar. Es lo que Dardel (1952) dio en llamar *géographicité*.

El concepto de territorialidad no es equivalente al que puede tener un país con respecto a su lengua. Del mismo modo que la lengua francesa no es exclusiva del ámbito geográfico de Francia, ni el idioma español es exclusivo de España, el léxico que lleva la etiqueta *gay* ha dejado de ser un vocabulario que sólo afecta a la comunidad homosexual para convertirse en una jerga que ha trascendido un territorio. El barrio de Chueca ha visto ampliado su espacio físico. En realidad, cafés como *Antiq* o *Mamá Inés*, en plena calle Hortaleza, pertenecen al dominio espacial de la estación de metro de Gran Vía (Línea 1). Y sin embargo su referente más inmediato en el plano de la capital de España es Chueca (Línea 5). Del mismo modo que se habla de un idioma español exterior podemos hablar de una *Chueca exterior*: la formada por las calles Calatrava, San Vicente Ferrer, Norte, Campoamor, Trujillos o la Cuesta de Santo Domingo, por citar algunos casos, porque los diferentes establecimientos de *consumo* llevan la etiqueta *gay* y han creado una peculiar ecuación; el espacio se ha convertido en lugar. Asistimos a la dilución y a la consiguiente extensión del concepto puramente físico de la territorialidad. El hombre, según Tuan (1976, 266), abstrae, simboliza y convierte el espacio en lugar, en algo ligado a él mediante una serie de vínculos afectivos y emotivos. Porque el enfoque subjetivo, según trabajos como los de Ley (1980, 12), “... es la única garantía de que el mundo de la realidad social no sea sustituido por un mundo ficticio construido por el observador científico.” Si estudiosos como Buttimer y Hägerstrand (2005) toman la ciudad sueca de Lund como referente para su artículo, permítasenos dedicarles un pequeño homenaje con las peripecias que vive un ciudadano sueco heterosexual al enfrentarse al espacio urbano de Chueca y a su peculiar lenguaje:

Me llamo Magnus Andersson y soy sueco. El año pasado terminé en Estocolmo un máster en lengua y literatura españolas, pero ahora estoy en Madrid con una beca para recabar bibliografía y realizar un estudio léxico sobre *El Quijote*. Comparto piso en la calle Fuencarral con Pablo, un auxiliar de vuelo canario, y Roberto, un gallego que opo-
sita a notaría. Como vosotros no ignoráis vengo de un país con fama de liberal y bastante tolerante y permisivo. Mis padres, que estuvieron en España hace 30 años, siempre me han dicho que los españoles, en general, son –con perdón– bastante machistas y muy poco abiertos de mente. En honor a la verdad he de decir que, a pesar de que he visto cosas que me han chocado bastante, creo que la España que conocieron mis padres nada tiene que ver con la que existe hoy en día.

Me encuentro muy a gusto aquí pero, aunque me gusta muchísimo este país, echo mucho de menos mi querida Suecia. Caminando una tarde cerca de Gran Vía vi un establecimiento con el rótulo **Sauna**. ¡Ah –me dije–, a pesar del calor los españoles también tienen saunas para combatir el frío! Como el día no era muy apacible decidí entrar. En la entrada, un chico con las cejas depiladas me preguntó mi número de zapatilla. *El 42*– le

contesté. Me dio una llave para la taquilla y bajé por unas escaleras. Mientras me estaba desnudando noté que unos cuantos señores me miraban insistentemente. *Me miran porque soy extranjero* –imaginé–, *porque les llaman la atención mis ojos azules y mi rubio nórdico*. Ya en las duchas noté que me seguían observando y no pude evitar sentirme algo incómodo. Me introduje en un habitáculo en cuya entrada se podía leer **Sauna finlandesa** y donde había dos o tres chicos. *¡Qué bien* –me dije–; *un par de horitas relajado y tranquilo!* Me tendí sobre el banco y de repente noté la caricia de una mano subiendo por mi pierna izquierda. Del susto que me llevé di un bote y me incorporé. Me quedé tan sorprendido que no supe qué decir. Ya sé que los españoles son especialmente afectuosos pero ¿tanto? Salí de allí y al hacerlo vi a dos chicos besándose en las duchas. Más lleno de vergüenza que de indignación me di cuenta de que me había equivocado de lugar; así que me vestí y me fui inmediatamente. Una vez fuera tuve, de repente, hambre. Caminé hasta la calle San Bartolomé, entré en un restaurante que se llama *El armario* y me senté solo en una mesa. Noté miles de miradas sobre mí y algún que otro guiño acompañado de una sonrisa. A mi lado, un grupo de chicos cenaba animadamente:

–*Ayer estuvo divina.*

–*Venga, venga..., Boris es toda una locaza.*

–*De eso nada, bonita* –replicó otro.

–*Estás muy equivocada, mari, cariño: no nos está haciendo ningún favor* –sentenció otro de ellos.

Yo no alcanzaba a comprender por qué le llamaba *Mari* a todo un chico como aquél ni por qué calificaba de *bonita* a una persona que era más bien fea.

–*Ha hecho que seamos visibles y que nadie se escandalice. Muchos gays han salido del armario gracias a él* –continuó diciendo otro de ellos. No sé por qué –tal vez porque sabía que en inglés la expresión es **to come out**– inferí que eso significaba *salir a la luz, declarar su homosexualidad*. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba en un restaurante gay.

–*Chico favor nos hace, prima. Mi madre se piensa que en el trabajo yo grito como él, me bajo los pantalones y tonto con mis compañeros y con mi jefe.*

Por más que miraba yo no les veía parecido familiar alguno, así que intuí que o mentía o la palabra *prima* significaba otra cosa. Por la cantidad de veces que lo utilizaron durante la noche deduje que *prima* es como cuando la mayoría de los jóvenes de este país dicen *tío*. ¿Qué pasa con los españoles: son todos familia? Ya sé que no hay *gay* que se precie que no tenga una diva –que, por lo general, es Cher o Madonna o, en mi país, Charlotte Nilsson o Carola, y que aquí he visto que se hace extensivo a Marta Sánchez o Mónica Naranjo–, pero confieso que lo de *divina* me cogió por sorpresa. Para estar a tono con la circunstancia, cuando el camarero se me acercó y me preguntó que cómo estaba la carne que me estaba comiendo no pude más que responderle: *Divina, cariño*.

Seguían hablando de Boris:

–*No es tan frívolo como parece. Y además escribe bien; léete, si no, Azul petróleo.*

Ha dicho *frívolo* –pensé yo. Entonces, si es un chico, ¿por qué lo llaman *locaza*? ¿Quién era ese supuesto perturbado mental con nombre ruso y apellido vasco del que estaban hablando? ¿Algún antiguo confidente soviético? ¿Y el *Azul petróleo* era un manifiesto sindicalista a favor del trabajador con mono azul de una plataforma petrolífera? Terminé de cenar y salí del restaurante sin apenas atreverme por si alguien me veía e iba

diciendo por ahí que me había visto *salir del armario*. Decidido a dar con ese panfleto sindicalista le pregunté a un chico que pasaba dónde había una librería. *En la acera de enfrente* –me contestó– *tienes una*.

–*Ja, ésta me la sé. A mí no me la das...*, –me dije. Mi profesor de español en Suecia me explicó una vez que si estabas en la acera de enfrente es que eres *gay*, así que decidí seguir por la misma acera hasta que encontré otra librería que tenía una bandera multicolor ondeando. En el escaparate, la portada azul de un libro me llamó poderosamente la atención. Al mirarlo detenidamente pude leer un título, *Azul petróleo*, y un nombre: Boris Izaguirre. Impulsado por la curiosidad decidí comprarlo. Nada más abrirlo (p. 11) me desconcerté:

“Vamos a iniciar un juego –dijo la cálida voz. Sentí una especie de celofán entre nosotros, una cortina de plástico que me recordó de inmediato las *performances* deconstructivistas en la Galería de Arte de Caracas. No quería divagar y alejé el recuerdo. Seguí esperando nuevas instrucciones.

–Acércate, con tus manos. Búscame en el aire.

Lo hice, alargué mis manos en el vacío y no sentí nada. Sabía que el muy cabrón no se había movido un dedo. Estaba allí, en ese sitio dentro de la oscuridad donde surgía su voz.

–Otra vez, hazlo otra vez –agregó.

Avancé un paso. Dos destellos surgieron a mis espaldas. Un trozo de bigote creció a mi izquierda, una pierna apareció enfundada en pantalones marrones a mi derecha. El parpadeo metálico en la punta de un par de botas descubría huellas en el suelo y desde él, una mano se aferró al titilante calzado. No eran sus bigotes, ni sus pantalones y mucho menos sus zapatos. Tan sólo los habitantes del cuarto oscuro, iniciando su deambular (...).

Volvieron a encenderse otros flases. Anónimos, rápidos, vigilantes, ansiosos quiebrós de una luz invasora. Mostraban rostros y miradas. Invitaban a la acción y a la vez provocaban más silencio y densidad. Más deseo y límite. Brillaban y morían, una y otra vez, como si fueran anuncios y suspiros, quejas y sonrisas, mentiras y verdades. El baile de los mecheros.

Él volvió a hablar.

–¿Qué quieres hacer?

–Nada, no lo sé, dime tú.

–Vamos a iniciar un juego.

–Vale, eso ya lo has dicho antes.

–Cierra los ojos.

–Es, recuerda, un cuarto oscuro.

–Conmigo dentro deja de serlo. Cierra los ojos.

Y así lo hice. Dentro de la oscuridad, todavía más oscuridad. Azul, azul petróleo. Escuché el ruido, la armonía, entre los mecheros encendiéndose y el chasquido del amor dispuesto a corromperse. Los pasos moviéndose a mi alrededor, las manos buscando territorios, recibiendo rechazos o apretones. Pectorales reventando en camisetas cargadas de un sudor a punto de volverse lágrima, final, derrumbe. Paredes acostumbradas a presenciar la nada, cubiertas de silencio, despojadas de personalidad, cargadas de murmullos.”

¿De qué habla?, ¿dónde están?, ¿por qué no hay luz en ese cuarto?, ¿a qué mecheros se refiere?, ¿quiénes son esos habitantes? Conforme fui leyendo me di cuenta de lo que se me estaba describiendo: un cuarto oscuro. ¡Claro, como el inglés *dark room* o el alemán *Dunkelraum*! ¡Curioso eufemismo! Esto hizo que me percatara de que se iba haciendo cada vez más necesario recurrir a un diccionario *gayspañol-sueco*.

Como poco a poco estoy constatando que la lengua que yo aprendí en Estocolmo nada tiene que ver con ésta del barrio en el que vivo, he decidido dar un giro a mi estudio y centrarme en el aspecto lingüístico de este peculiar neoespañol, aunque Martín Nyberg, el director del Departamento de Lenguas de la Universidad de Estocolmo, sigue empeñado en que haga un estudio sobre El Quijote.

En la misma librería había unas revistas de difusión gratuita. *Buen comienzo* –pensé. Tras pagar el libro, cogí una y me fui. Ya en mi casa, la abrí y en la sección de contactos me empecé a topar con anuncios del tipo: “*Oso* busca *chulazo* para hacerle un *francés*. Abstenerse *petardas, reinas* y *locazas*.” ¿Qué tenían que ver un animal plantigrado y un producto explosivo en todo esto del ligoteo? ¿*Reinas* y *locazas* eran una referencia a la esposa de Felipe el Hermoso? Estaba más perdido que un pulpo en un garaje. Mucho me temía que los reclamos *francés, 20 euros* y *griego, 40 euros* eran muy diferentes a los que aparecen en la sección de enseñanza de idiomas. ¿Por qué estudiar griego resultaba más caro? Se lo pregunté a Pablo, mi compañero de piso, y se rió a carcajada limpia. Fue a su habitación y me vino con un libro en las manos *Los novios búlgaros*, de un tal Eduardo Mendicutti del que yo nunca había oído hablar. Lo abrió por la página 21 y me dijo que leñera; así fui dándome cuenta de que el término *francés* encerraba otro significado:

“La lengua es un artefacto imprevisible. La lengua vacila o se aventura, se agazapa o de desata, tantea o se lanza en picado y se zambulle en el desconcierto, la temeridad, la satisfacción o el desatino. Con la lengua se puede llegar a cualquier parte o a ninguna.

—Quiero estudiar español –me diría Kyril unos meses después, convencido ya de la importancia de la lengua (...).

—El búlgaro es uno de los idiomas más difíciles del mundo –me dijo Kyril cuando, meses más tarde, empecé a enseñarle español con el francés como lengua mediadora.

El francés es un recurso excelente si se tropieza con rigideces, bloqueos, repudios o simples incompatibilidades en unos primeros intentos de intercambio lingüístico. La verdad es que Kyril dejó claro muy pronto, despatarrado en el sofá, que tenía sobrados y gratificantes conocimientos del francés –los meses pasados en la Legión Extranjera, las escapadas a algunos tugurios de Marsella con el fin de ganarse unos francos, unos días en París, merodeando por los alrededores de la estación de ferrocarril antes de subir a un tren hacia España, le habían bastado por lo visto para familiarizarse con las ventajas de un francés sin complicaciones–, pero es natural que un caballero español se empeñe en desplegar las muchas y muy variadas virtudes de su propia lengua. Lamentablemente, mi lengua y la lengua de Kyril le resultaban a Kyril incompatibles (...).

Kyril era de una sobriedad lingüística que rozaba lo despectivo. Al principio, cuando le conocí, me pareció lógica y perdonable aquella tacañería con la lengua, a fin de cuentas estaba pisando terrenos desconocidos, se iniciaba en un diálogo personal que tan sólo un año antes probablemente le habría producido náuseas, estaba descubriendo que la lengua –incluso la suya, por distinta, arrogante e intransferible que se empeñase en considerarla– era un bien muy apreciado entre los protectores de la emigración desamparada, lo que no tenía más remedio que sorprenderle e incluso asustarle, así que resultaba normal que se obcecara en permanecer con la boca cerrada (...). Mientras tanto, bueno y relajante era echar mano de la generosidad samaritana del francés.

—A mí me gusta mucho el francés –me aseguró Kyril, sin percatarse de que estaba siendo cuando menos desdeñoso con la rica y expectante lengua de su anfitrión.

En el francés, la lengua se contrae siempre un poco, está como aprisionada por un exceso de materia, porque el francés es de una oralidad densa, láctea, y la lengua acaba chapoteando en una solución gelatinosa. Incluso el francés escrito –como pude compro-

bar de forma expresa al iniciar con Kyril las clases de español, utilizando la cartilla escolar que le habían proporcionado en la Legión Extranjera— tiene una dejadez cómplice, armoniosa y calmante que contrastaba, no sin cierta gracia, con el perfil esquinado y puntiagudo del búlgaro. Para colmo, en la cartilla escolar de la Legión, en cuyas páginas mi síndrome de Pigmalión iría cristalizando hasta emocionarme, el búlgaro estaba escrito en cirílico. No tenía nada de extraño que Kyril fuese tan escrupuloso, aunque no fuera más que por motivos higiénicos, en el uso de su lengua (...).

En mi lengua. La suya no estaba a disposición de nadie. Tuve, pues, que batallar con la mía poniendo en juego toda mi experiencia y toda mi generosidad, y menos mal que ambos acabamos por reconocer y poner en práctica nuestro común aprecio por algo tan jugoso, tan lácteo, tan dinámico —y sobre todo, tan gutural— como el francés.”

A fuerza de leer y de escuchar me voy percatando de que también en este ambiente hay grados. Una *loca* o una *nená* viene a ser un *mariquita* para un heterosexual (normalmente en tono despectivo). La palabra *loca* suele ser parte de palabras compuestas como las que utiliza Mendicutti en el libro que antes mencioné: *loquiparda* (p. 12), *malvaloca* (p. 13), *lobiloca* (p. 29), *barbiloca* (p. 32), *loquicuerva* (p. 33), y un largo etcétera. Pero lo curioso es que muchos *gays* van más allá y cuando quieren de veras ofender o insultar a sus semejantes no se conforman con estos términos; es entonces, quizás, cuando ser una *locaza* o una *nenaza* es lo peor que se puede ser. Por no hablar no ya de reinas, sino de *reinas*; lo peor que un *gay* le puede llamar a otro. Dice Leopoldo Alas (que no es Clarín, —¡qué susto me llevé!—, sino su sobrino-nieto) en *De la cera de enfrente* (123):

“La «reina» es el jovencito más o menos guapo a quien le gusta gustar. Adora que le cortejen, pero no se entrega así como así y, si por fin decide hacerlo, previamente dará mucha guerra porque, además de narcisista, suele ser un poco estrecho y bastante calientapollas.”

Sin embargo, la cosa cambia cuando nos encontramos con los chulos. Dicho así, sin más, puede significar —según he comprobado en el Diccionario de la Real Academia (543)—, *bonito*, *rufián* o, incluso, *hombre que trafica con mujeres públicas*. Pero *chulazo*, lejos de ser un insulto despectivo es el mayor halago que le puedes hacer a un *gay* que esté musculado y sea guapo hasta la muerte. Y si es moreno, *morenazo*. Para mi decepción me temo que los rubios no estamos en el particular diccionario de la jerga *gay* o, al menos, el término *rubiazo* no cuenta con tantos adeptos cuando se trata de ensalzar las cualidades físicas de un chico. Para mi consuelo tampoco los de pelo castaño, porque *castañazo* en español es otra cosa... Claro que todo esto tiene también su parte jocosa: el otro día, mientras estaba en una cafetería tomándome un café con Roberto y Pablo entraron dos chicos con unos abdominales y unos bíceps de campeonato embutidos en sendas camisetas blancas de manga corta. Inmediatamente Pablo, que no tiene ni mucho menos un cuerpo de gimnasio, dijo: *Ya están aquí las musculocas. Van todos de machitos activos pero la mayoría son pasivos y a la mínima de cambio se te ponen mirando a Cuenca*. Yo no había oído la palabra *musculoca* en mi vida, pero no me fue difícil deducir —para algo estudié derivación y composición en Suecia— que estaba compuesta de *músculo* y de *loca* y que, evidentemente, manifestaba una cierta antipatía hacia ellos. Ocurren los españoles. Me hizo tanta gracia que ahora la voy usando cada vez que veo un *cachas*, como decís aquí. Lo de *activo* y *pasivo* no me resultó demasiado complicado de imaginar. Cuando me quedé estupefacto es cuando Pablo me explicó que si te gustan los dos papeles eres *redondo* o *versátil*. Pero lo que me pareció muy ocurrente fue lo de *mirando a Cuenca*. He podido comprobar que todo depende del lugar donde viva uno y, aunque parece que ésta es la más extendida, me consta que en Ibiza dicen *mirando a Formentera*, y en Buenos Aires,

mirando al Mar del Plata. Como este fin de semana voy a ir a Sevilla, preguntaré si allí dicen *mirando a Triana*, o a *Cádiz*, o a *La Giralda* o yo qué sé. Parece mentira la connotación jocosa que un simple espacio geográfico puede tener... Y es que Pablo es muy ocu- rrente y me cuenta muchas cosas que me interesan para mi estudio, como eso de que algu- nos auxiliares de vuelo se llaman entre sí *trolley-dollies* (*muñecas con carrito*).

Poco a poco el director del Departamento de Lenguas de la Universidad de Estocolmo se va mostrando –con perdón– más activo, y va entrando en el tema que le he propuesto. El otro día le mandé algunos párrafos que había redactado para mi estudio. Son éstos:

«Del mismo modo que el paisaje urbano de Madrid ha sido modificado con bares-res- taurantes turcos y kurdos, con tiendas chinas o con locutorios colombianos que van dejan- do palabras como *kebab* o *tofu*, haciéndose extensivas al resto de la sociedad/ciudad y siendo cada vez más populares..., el barrio de Chueca va extendiendo su influjo lingüísti- co más allá de la Gran Vía, el Paseo de la Castellana, la plaza de Alonso Martínez y la calle Fuencarral. Las terrazas de Chueca están haciendo las veces de la antigua plaza del pueblo donde se daban a conocer las noticias más relevantes. Por lo heterogéneo de sus clientes –pues no sólo acuden *gays*– que, voluntaria o involuntariamente escuchan con- versaciones, las palabras se van extendiendo como si de granos de polen se tratara. A esto ha contribuido el hecho de que buena parte de los bares y establecimientos dirigidos a un público homosexual hayan dejado de ser lugares oscuros y tétricos y se hayan convertido en espacios abiertos, transparentes, con grandes cristaleras que muestran el particular escenario tal cual es, sin prejuicios.

Geógrafos como Santos Solla (2006:514) nos recuerdan cómo “... *podemos encontrar numerosos ejemplos de apropiación del espacio urbano por comunidades homosexuales que van expulsando a los antiguos residentes al tiempo que el nuevo asentamiento es la plataforma para su visibilidad.*” Así, las publicaciones periódicas se hacen visibles para el resto de la sociedad; los quioscos y librerías exhiben libros y revistas exportando pala- bras. Imagen y lenguaje traspasan las fronteras físicas que la espacialidad les ha otorgado. Los escaparates de tiendas que lucen camisetas con la leyenda *¿Entiendes o te lo expli- co?*; el bar que anuncia su fiesta de osos bajo la imagen de un señor generalmente gordi- to, cuarentón, algo calvo o rapado y con barba y bigote perfectamente recortados; el pan- flete publicitario que te colocan en el parabrisas del coche anunciando una fiesta de *zapas* o la elección de Mister Chulazo 2007 –que no quiere decir que elijan al más arrogante o creído–, el *chat* de algunas televisiones en las que aparecen mensajes de *bakalas*..., son excelentes plataformas para la propagación de palabras que pueden resultar nuevas para los *no entendidos*. Se consigue así una perfecta unión de significante y significado y, lo que quizás resulte más interesante, una manera de evitar o aminorar la fragmentación de la vida urbana en las microsociedades de las que, según Smart (1993), hablaba Umberto Eco. Curioso esto del verbo *entender* como sinónimo de *ser homosexual*.

García Escalona (2000, 443) se pregunta muy acertadamente: “*Acaso no parece sig- nificativo el uso de una palabra que sólo es comprendida en la subcultura homosexual española y del arcoiris?, ¿podría ser un ejemplo de globalización?...*” En inglés, por ejemplo, esta misma realidad se traducía hace unos años como *To know Dolly* –supongo que por Dolly Parton o, tal vez, por el musical *Hello Dolly*– e, incluso, *To know Dorothy*, imagino que por la protagonista de *El Mago de Oz*. Y si el homosexual entiende, el hete- rosexual *sobreentiende*. Quiero decir que tiene una serie de códigos –expresiones– que encierran un significado referencial que va más allá del mero significante. Me explico: frases tan aparentemente neutras y nocivas como *Que corra el aire*, *Entrar por detrás* o *Ten cuidado cuando se te caiga el jabón en las duchas* configuran un particular cosmos

de códigos que, en principio, pertenecen al territorio heterosexual desde el que se sobreentiende una mofa o una cierta gracia.

Es obvio que en el tema que nos ocupa la lengua española, como tantas otras, ha sufrido el poderoso influjo del inglés en su expansión territorial. Nos topamos con préstamos directos como *gay* (que parece imprimir cierta elegancia y algo de prestigio) o *cruising*, y calcos léxicos como *cuarto oscuro* (*dark room*). Hallamos también vocablos que se refieren a cierto tipo de prácticas sexuales (*fist fucking*, *rimming*...) o instrumentos (*cock ring*, *dildo*...) que, al circunscribirse a un ámbito mucho más específico, no presentan un uso tan general y cotidiano. Sin embargo el *gayspañol* ha sabido mantener una marca de identidad y una personalidad propias, pues multitud de expresiones han sido acuñadas, según podemos ver, con un sello genuinamente nacional. Me pregunto si tales palabras –y tales realidades– serían igualmente conocidas si el barrio de Chueca no hubiese sufrido la recreación que experimentó a finales de los años 80 y principios de los 90. El urbanismo madrileño evolucionó a la par que lo hizo el movimiento de liberación y normalización sexual; ambos se dieron la mano entonces y hoy no podemos entender al uno sin la influencia del otro. Junto a ellos, basándonos en Hernando Sanz (2006), cabría hablar del obligado referente que supone este distrito de Madrid en el estudio de la evolución de la violencia y la delincuencia. Hoy en día Chueca ha dejado de ser sinónimo de inseguridad, como sí lo fue hace algunas décadas, y se ha convertido en un referente necesario a la hora de abordar la historia de la geografía del miedo al delito defendida por Smith (1987) y la del miedo al crimen propugnada por Nasar y Jones (1997).

Las famosas *mariliendres* también han propiciado la difusión de vocablos y términos inicialmente reservados a la comunidad homosexual. ¿Que qué es una *mariliendre*? Por lo general es esa chica que va con los *gays* a las discotecas, a cenar, de compras, a tomarse un café... Esa amiga íntima que todo *gay* tiene y que, normalmente, o presume de tener un amigo diferente, o está enamorada de él. Ese puente entre chicos y chicas... Gracias a ellas el sexo femenino sabe ahora muchas más cosas y palabras de esa gran parte de población de sexo masculino.

Y los medios de comunicación –especialmente la televisión– tienen mucho que decir al respecto. Es un hecho evidente que la inmensa mayoría de los colaboradores de los magazines –programas matinales, de sobremesa y nocturnos– son homosexuales. Desde su particular púlpito, aparte de, como dice Roberto, el opositor a notario, *soltar pluma* –unos más que otros, bien es cierto–, van introduciendo de vez en cuando palabras que llevan la impronta *gay*. Así se llega al gran público: gracias a estas *telemaris*, como las llaman algunos. Pero hay que agradecer también que merced a los llamados programas de *talk-show* la audiencia empiece a discernir los límites que separan al homosexual del travesti, –o de la *drag queen*, que tiene más *glamour*– y a éste del transexual, un hecho que en Suecia hace años que superamos. Y, de paso, que más de media España sepa ya lo que significa *salir del armario*. Donde no parece estar ganada todavía la batalla es con el empleo de *pederasta*. Automáticamente gran parte de la población hace su propia ecuación y lo equipara a *homosexual*, cuando no debe ser así. Porque *pederasta* es el que tiene relaciones sexuales con las personas menores de edad, sean niños o niñas. Posiblemente haya influido el hecho de que en francés *un pédé* haga referencia a un homosexual.

Hemos de admitir, no obstante, que la particular jerga *gay* ha sufrido un proceso de *normalización lingüística*. Series como *South Park*, *Aquí no hay quien viva* o *Siete vidas* han puesto su gran granito de arena, no tanto por el tratamiento del tema como por el aspecto sociolingüístico. Este peculiar *sociolecto* ha dejado ya de ser tabú. Expresiones como “Feliz 2005... Por el culo te la hincó” han pasado a ser pronunciadas sin el menor

pudor tanto por homosexuales como por heterosexuales. Una manera de quitarle hierro al asunto... Del mismo modo, grupos musicales como *Flores Raras* (2005) –además de hablarnos de un *ménage à trois* homosexual en su canción *Ron y Ahmed*– nos recuerdan que la utilización de la palabra *maricón* también puede tener una connotación positiva: *pedazo de maricón* dicen en su tema *Gracias por escucharme* para expresar la admiración que se siente por alguien. Muy lejos queda aquel *marica* del grupo *Hombres G* (1985) del que el vocalista se quería vengar en su canción *Devuélveme a mi chica*: “*Voy a vengarme de ese marica, voy a llenarle el cuerpo de polvos pica-pica.*” Un *marica* que no era tal porque no en vano consiguió quitarle la novia.

Ni Chueca es una isla, ni el homosexual está solo en la sociedad, al menos en lo que al ámbito lingüístico se refiere. Porque el homosexual no sólo trabaja, vive, o se divierte en ese barrio; el *gay* trabaja en Moratalaz, también toma copas en Lavapiés, compra en el distrito de Salamanca, va a la universidad... Y se relaciona, habla con heterosexuales y, si tiene confianza con los que le rodean, va haciendo partícipes de su particular diccionario al resto de los mortales. También tiene sus zonas de *cruising* –o hace la carrera, como se decía antes– en la Casa de Campo, en los aseos de un centro comercial, en los lavabos de una estación... Porque un *gay* no dice que va a buscar sexo rápido y esporádico: dice que va de *cruising*.

En Madrid nunca homosexualidad y espacio urbano estuvieron tan unidos como en la actualidad; las autoridades están modificando la geografía urbana de esta ciudad en los enclaves que propician esta serie de contactos: han cortado la carretera que conduce a una zona de ligue en la Casa de Campo, en la Ciudad Universitaria han construido una Facultad cerca de un descampado que servía de lugar de encuentro, han convertido en jardín vallado lo que antes era una ladera abandonada en las inmediaciones del Templo de Debod... Todo, aparentemente, obedece a las razones del progreso urbanístico, aunque, en realidad, el trasfondo sea otro. Pero si hay una calle –un espacio urbano– en la que se piensa automáticamente en cuanto se oye la palabra *chapero*, ésa es Almirante... Hernando Sanz (2006:23) –aunque refiriéndose más bien a la prostitución femenina– nos precisa que “...*los geógrafos han abordado el tema de la prostitución como un importante problema social con significativos sesgos y derivaciones espaciales.*” Una prueba más que evidente de que lo *gay* se extiende, se ensancha, cambia y configura una nueva geografía urbana es Barcelona. El tradicional y famoso *Eixample* es conocido ahora como el *Gayxample* por la cantidad de establecimientos destinados a un público homosexual. Es ya historia del urbanismo de la ciudad.

Asimismo, es más que curioso cómo espacio geográfico y lenguaje *gay* están íntimamente relacionados. El *ambiente* no es algo que se palpe en el aire; es un espacio real, físico, como se observa en la frase “¿Sales por el *ambiente*?”; *la acera de enfrente* nos sitúa en un lugar, en una posición, del mismo modo que hay *mariquitas de playa*. Lo que no he podido averiguar es si hay *mariquitas de monte*. ¿Y qué significa *salir del armario* o hacer *outing* –que son cosas distintas– sino efectuar un movimiento de dentro afuera? Sea como sea lo cierto es que el *gay* se encuentra siempre ubicado y perfectamente localizado. De los cientos y cientos de personas que hacen cola en el cine Capitol o en los minicines Renoir de Madrid nadie elucubra, en principio, sobre la orientación sexual que poseen. Si hay una cola de chicos en la sala que proyecta una película durante la *Semana madrileña de cine gay*, pongamos por caso, todo el mundo sabe automáticamente *de qué pie cojea* o –como dice Roberto– que es *más maricón que un palomo cojo*. El *gay* siempre está en continuo movimiento. ¿Por eso se dice que muchos de ellos son hijos de la célebre *movida* madrileña?

Y es que España parece haber cambiado mucho en apenas unos años. Antes, por lo visto, según he podido saber, se hablaba –normalmente desde territorio heterosexual– de expresiones como *perder aceite* o *patinarle a uno el embrague* y de términos como *mariposas* o *mariposones*, animal que ha sido desplazado últimamente por otro que se está extendiendo: *trucha*. Y aunque lo del insecto lo puedo llegar a entender por aquello, quizás, de la fragilidad y los colores, no consigo ver muy bien cuál es la relación ni de dónde proviene la identificación con este pez. ¡Qué cosas tienen estos españoles! Y por lo visto, palabras como *bujarrón*, *julái* o *julandrón* que sacaba mi profesor de español coloquial de *El tocho cheli* de un tal Ramoncín, apenas se usan ya y empiezan a estar mal vistas. Como también parece haber pasado a la historia el vocablo *carroza* que, según la Real Academia (315) significa *viejo*, pero que según este Ramoncín (56) también significa *maricón de edad avanzada*.

En principio, un homosexual nunca diría de otro que es *marica* o *maricón*. Es curioso cómo siendo, estos dos términos con marcado tono despectivo, utilizados generalmente por heterosexuales que quieren insultar u ofender, un homosexual sólo los utiliza con otro si hay entre ellos una relación de amistad y confianza. El carácter despreciativo se transforma aquí en un tono cariñoso y/o jacarandoso.

A uno y otro lado de la Gran Vía la palabra pierde o cambia su significado como si de países distintos se tratara. La inexistente frontera geográfica nos separa dos realidades lingüísticas. En todo caso, si se trata de criticar u ofender, –y no de hablar de una condición sexual– dirá que es una *marica mala*. Y el término *mariconadas*, tan utilizado en español para definir aquello que no tiene importancia, lo vago, lo superficial, lo inútil..., rara vez será pronunciado por un homosexual. Si lo usa, en todo caso, será haciendo gala de su sentido del humor y con un deje jocosos y probablemente irónico. Asimismo, un *gay* nunca dirá de manganito o fulanita que tiene la *mano tonta*. Como mucho, dirá que *tiene pluma* o *plumón* (como las fundas nórdicas). Resulta llamativo cómo algunos sustantivos comunes de la lengua castellana como es el caso de *pluma*, *vena* o *paquete* tratan de evitarse en numerosas ocasiones porque su mera pronunciación suscita automáticamente motivo de hilaridad por su asociación inmediata: en las frases “*La pluma del escritor...*” o “*La vena artística del pintor...*” la imaginación se les dispara a estos españoles y muchas veces piensan lo que no es, del mismo modo que cuando alguien nombra el vocablo *paquete* la mente se les va por otros derroteros y una risita asoma a sus labios.

Hay otras palabras y expresiones que utiliza un *gay* si lo que quiere es poner de relieve la excesiva afectación o un exagerado amaneramiento. Así, en infinitas ocasiones he podido oír por la calle: “*Es más mujer que mi madre*” o “*Es toda una señor[on]a*”.

En esta serie de términos que son empleados de diferente manera por homosexuales y heterosexuales, es quizás donde se descubre al *gay* que no quiere definirse pero que es coherente con sus principios y no tiene la intención de mentir, es en el empleo del sintagma *mi pareja*. Si una chica es lesbiana y no le importa decir que tiene novia, dirá sin más contemplaciones frases como “*Mi novia y yo fuimos al cine*”. Del mismo modo si un *gay* está fuera del armario dirá, por ejemplo “*Me voy, que me espera mi novio*”. Sin embargo, si una persona homosexual no quiere –o no puede– definirse pero tampoco desea mentir e inventarse novios o novias ficticios, recurrirá al aséptico *mi pareja*. Sólo para los *muy entendidos* esto será señal más que suficiente. Y ya que le hablo de las lesbianas, aprovecharé para decirle que no he escuchado o leído muchos términos relacionados directa o indirectamente con ellas. Ya sabe usted que antes se hablaba de *tortilleras*, *marimachos*, *machorras* o *camioneras*. Todos ellos, al parecer, son ya términos obsoletos en este país. El vocablo *bollera* es el que ahora se utiliza con mayor frecuencia, aunque creo que posee la misma connotación negativa que puede tener *marica*. Y déjeme que le cuente lo que el

otro día escuché en un programa-concurso de la televisión española en boca de uno de sus concursantes: *comegrietas* y *zampabollos*. Tan crueles y ofensivos que hasta a los mismos españoles les sonó extremadamente mal. Muchos me confesaron que era la primera vez que oían estos términos.

A raíz de la proliferación de los llamados *negocios rosa* o en relación con la *economía rosa*, es decir, lo que se refiere al alto –en teoría– poder adquisitivo de un homosexual porque generalmente no tiene niños y porque una gran parte de su sueldo se destina al consumo –tal vez compulsivo– de libros, discos, restaurantes, ropa, perfumes, viajes, cosméticos, cines, etc., estudiosos del tema empezaron a ver que en el *gay* había negocio y grandes posibilidades de lucro. Los americanos, que tienden a ponerle etiquetas a todo, acuñaron entonces, en torno a principios de los años 90, el término *dinky* (*Double Income No Kids*) para las parejas que viven juntas y que no tienen hijos que mantener. Lo cierto es que el término no ha tenido tanto éxito en su adaptación al español como en su día tuvo la palabra *yuppy* (que ya sabe Ud. que significa *Young Urban Profesional People*). Por el contrario, una palabra como *leather*, que hace referencia al gusto por la indumentaria de cuero y cremalleras, ha encontrado un perfecto caldo de cultivo en el castellano *lederón / lederona*. ¿Entrará en el Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia, igual que ha ocurrido con *cederrón* (332)? Del mismo modo el término *popero* –que nada tiene que ver con los amantes del *pop*– se utiliza a la hora de referirse a *gays* que gustan de utilizar en sus relaciones sexuales un líquido vasodilatador llamado comúnmente *poppers* que, al olerlo, acelera el pulso y el ritmo cardíaco, e intensifica el placer. ¿Que cómo sé yo todo esto? Porque me lo ha contado Pablo, mi compañero de piso.

Lo cierto es que he notado que en España hay cada vez más respeto y poco a poco la palabra *marica* o *maricón* va siendo desplazada en su utilización. La gente se va concienciando cada vez más de su grado peyorativo; de hecho, se ha sustituido por el pseudo-cultismo *homosexual*, que, de entrada, indica respeto. Prueba más que evidente de que la palabra suena a algo importante o serio es el chiste que Roberto me contó el otro día:

–Oye, ¿te has enterado de que el hijo de Antonio es homosexual?

–¿Cómo va a ser homosexual si ése no tiene ni estudios y es más maricón que un palomo cojo?

O mire, si no, lo que aparece en la contraportada del libro *Ojo de loca no se equivoca*, de Leopoldo Alas:

No tienes tarjeta de crédito. No ganas dinero. No vas al gimnasio. ¡Entonces qué vas a ser gay! ¡Tú eres un maricón!

En fin, Señor Nyberg, ya le contaré más cosas a medida que vaya profundizando en mi estudio. Y ya me informará de si le interesa lo que le estoy contando y de si le es útil el material que le envío. Si no es así, dígamelo porque la Universidad Complutense de Madrid está interesada en publicar el texto. Sin más por el momento me despido de Usted hasta una próxima ocasión. Muchas gracias.»

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y DISCOGRÁFICAS

- ALAS MÍNGUEZ, Leopoldo
(1994): *De la acera de enfrente*, Ediciones Temas de hoy, Madrid.
(2002): *Ojo de loca no se equivoca*, Planeta, Barcelona.

- BUERO, Carlos (2000): “La apariencia premoderna de las geografías postmodernas” en: *Lecturas geográficas. Homenaje a José Estébanez Álvarez*, Volumen I, pp. 449-466, Editorial Complutense, Madrid.
- BUTTIMER, Anne (1976): “Grasping the Dynamism of Lifeworld” en: *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 66, nº 2, pp. 277-292, AAG, Washington.
- BUTTIMER, Anne y HÄGERSTRAND, Torsten (2000): “Safari to Klinik Wunderland” en: *Lecturas geográficas. Homenaje a José Estébanez Álvarez*, Volumen I, pp. 467-475, Editorial Complutense, Madrid.
- ESTÉBANEZ ÁLVAREZ, José (2000): “La geografía humanística” en: *Lecturas geográficas. Homenaje a José Estébanez Álvarez*, Volumen I, pp. 191-208, Editorial Complutense, Madrid.
- FLORES RARAS (2005): “Gracias por escucharme” en: *Guardando las apariencias*, Bobamusic, Madrid.
- GARCÍA BALLESTEROS, A. (1981): “Tendencias fenomenológicas y humanísticas en la Geografía actual”, en: *Actas del Coloquio Ibérico de Geografía*, Vol. II, pp. 185-194, Centro de Estudios Geográficos, Lisboa.
- GARCÍA ESCALONA, Emilia (2000): “Del armario al barrio: Aproximación a un nuevo espacio urbano” en: *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, nº 20, pp. 437-449, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense, Madrid.
- HERNANDO SANZ, Felipe (2006): “Eclecticismo y diversidad en la geografía del crimen y la delincuencia en el cambio de siglo” en: *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, Vol. 26, pp. 9-30, Servicio de Publicaciones Universidad Complutense, Madrid.
- HOMBRES G (1985): “Devuélveme a mi chica” en: *Hombres G*, Dro, Madrid.
- IZAGUIRRE, Boris (1998): *Azul petróleo*, Espasa Calpe, Madrid.
- JACKSON, P. (1981): “Phenomenology and Social Geography” en: *Area*, vol. 13, nº 14, pp. 299-305, Blackwell, London.
- LEROY, Stéphane (2005). “Le Paris gay. Éléments pour une géographie de l’homosexualité” en: *Annales de géographie*, nº 646, pp. 579-601, Armand Colin, Paris.
- LEY, D. (1980): *Geography without Man. A Humanistic Critique*, School of Geography, University of Oxford, Oxford.
- LEY, D. y SAMUELS, M. (1978) [ed.]: *Humanistic Geography. Prospects and Problems*, Croom Helm, London.
- MENDICUTTI, Eduardo (1993): *Los novios búlgaros*, Tusquets Editores, Madrid.
- MITCHELL, Don (2000): *Cultural Geography. A critical introduction*, Blackwell, Oxford.
- NASAR, Jack y JONES, Kym M. (1997): “Landscapes of fear of stress” en: *Environment and Behavior*, Vol. 29, nº 3, pp. 291-323, Sage Publications Inc., Beverly Hills.
- RAMONCÍN (1993): *El tocho cheli. Diccionario de jergas, germanías y jerigonzas*, Ediciones Temas de hoy, Madrid.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001): *Diccionario de la Lengua Española*, Espasa Calpe, Madrid.
- SANTOS SOLLA, Xosé M. (2006): “Espacios homosexuales” en: *Las otras geografías*, pp. 511-526, Ediciones Tirant lo Blanch, Valencia.
- SMART, B. (1993): *Postmodernity*, Routledge, London.

- SMITH, Susan J. (1987): “Fear of crime: beyond a geography of deviance” en: *Progress in Human Geography: An international review of geographical work in the social sciences and humanities*, 11, 1, pp. 1-23, London, Edward Arnold.
- TUAN, Yi Fu (1976): “Humanistic Geography” en: *Annals of Association of American Geographers*, vol. 66, n° 2, pp. 266-276, AAG, Washington.